

Los batidos y venteros soldados fueron recibidos con júbilo por sus camaradas, y marcharon á descansar en los amplios cuarteles de donde hacia tres semanas habían salido, y en los cuales habían dado la vuelta al pintoresco valle.

Y en otros inmediatos, para que reconocieran por señeros al marqués de Castilla. Su ardiente anhelo era situar á la amistad y alianza de los cristianos, no solo á los habitantes del reino de Texcoco, y de los Estados comarcanos, sino también á los de las provincias más remotas, para que las venturas que las resultasen de la buena armonía con los hombres libres, y persuadiéndoles á que todos se presentasen al caudillo español ofreciéndole sus servicios.

CAPÍTULO XXV.

Conspiracion de algunos descontentos para asesinar á Cortés.—La revela uno de los comprometidos.—Es ahorcado el jefe de la conspiracion.—Se echan al agua los bergantines.—Cortés pasa revista á sus tropas.—Disposiciones para la marcha sobre Méjico.—Ejecucion del joven Jicotencatl.—Marcha del ejército.—Principio del sitio de Méjico.

1521. Todo era animacion y actividad en Texcoco desde la llegada de Cortés. El señor de la provincia, el joven y valiente Fernando Ixtlilxochitl, miraba con júbilo indecible llegar el dia del asedio de la poderosa capital del imperio azteca. Enemigo de los emperadores mejicanos, que se habian ido apoderando mañosamente de varios pueblos importantes, disminuyendo poco á poco el poder del reino de Acolhuacan, anhelaba que llegase la hora de la desaparicion de los dominadores del valle. Desde que subió al poder, se valió del influjo que ejercia con algunas ciudades

y señoríos inmediatos, para que reconocieran por soberano al monarca de Castilla. Su ardiente anhelo era atraer á la amistad y alianza de los cristianos, no solo á los habitantes del reino de Texcoco y de los Estados comarcanos, sino tambien á los de las provincias mas remotas, pintándoles las ventajas que les resultarían de la buena armonía con los hombres blancos, y persuadiéndoles á que todos se presentasen al caudillo español ofreciéndole sus servicios (1).

Los buenos oficios de Ixtlilxochitl, habían dado los brillantes resultados que se había propuesto; pues todos los pueblos se habían declarado vasallos de la corona de Castilla y estaban dispuestos á enviar sus tropas en el momento que las pidiese el general castellano.

Hernán Cortés contaba en aquellos momentos con la cooperacion de casi todas las repúblicas, reinos y señoríos del Anáhuac, y con respetables fuerzas españolas, pues durante su expedicion al rededor del lago, habían llegado bastantes refuerzos, armas y municiones. Todo parecía sonreír al valiente caudillo español. Contaba con los elementos necesarios para vencer á su valiente contrario el emperador Guatemotzin. Iba á ver muy en breve premiados su heroica constancia y sus esfuerzos, con la realizacion del bello ideal que había acariciado desde que pisó las bellas

(1) «Ixtlilxochitl procuraba siempre traer á la devocion y amistad de los cristianos, no tan solamente á los del reyno de Tezcoco, sino aun los de las provincias remotas, rogándoles que todos se procurasen dar de paz al capitán Cortés, y que aunque de las guerras pasadas algunos tuviesen culpa, era tan afable y deseaba tanto la paz, que luego al punto les recibiría en su amistad.»—Ixtlilxochitl. Hist. chich. MS.

campiñas del Anáhuac. Cuando mas cerca se imaginaba de dar cima á la empresa, se vió amenazado de un inesperado y oculto peligro que, á no haber sido descubierto, hubiera puesto fin á los proyectos de sitio contra Méjico y á la vida del general que los había concebido. Durante su expedicion de reconocimiento por el valle, parte de los soldados que habían pertenecido al ejército de Narvaez, habían tramado en Texcoco una conspiracion, mucho mas terrible y trascendental que las que hasta entonces se habían promovido por los velazquistas. Las anteriores se habían reducido á solicitar simplemente la vuelta á Cuba, sin que se atentase á la vida de ninguno. La que durante su ausencia se había dispuesto en Texcoco, era sangrienta y cruel.

La conspiracion fué promovida por uno de los militares que habían llegado con Narvaez, llamado Antonio Villafañá, natural de Zamora, muy amigo de Velazquez, gobernador de la isla de Cuba. Nadie le había obligado á permanecer en el país; pues Hernán Cortés, despues de la campaña de Tepeaca, proporcionó al tesorero Andrés de Duero y á los que quisieron volverse á la Habana, uno de los mejores buques, y los víveres necesarios para el viaje. Pero la gente que había formado la expedicion de Narvaez era levantisca y veleidosa. La mayor parte de ella había dejado la isla, seducida por las brillantes descripciones que había oido hacer de la Nueva-España; descripciones en que presentaban al Anáhuac como una aurífera region donde el oro, la plata y las piedras preciosas se encontraban con abundancia. Pocos eran los individuos que habían marchado con Narvaez, que no tuviesen sus repartimientos

en la isla; y en cada contratiempo que sufrían, echaban de menos las comodidades que habían dejado. Poco acostumbrados á la subordinación, pues no habían sido soldados, formaban singular contraste con los veteranos de Hernán Cortés, sufridos y leales; callados y obedientes; haciendo valer sus derechos; pero prontos siempre á cumplir con los deberes y á morir por su general.

Antonio Villafañá y sus compañeros, disgustados de las fatigas de una campaña que solo presentaba peligros, miseria y necesidades, y ninguna de las recompensas que se habían imaginado al quedarse en el país, miraban con enojo los preparativos de Cortés, para un sitio que juzgaban quimérico. Calificaban de delirio pretender apoderarse de la capital del poderoso imperio azteca, que contaba con numerosos y aguerridos ejércitos, cuando no llegaban á mil los españoles y temían que los aliados no fuesen constantes en su fidelidad. Veían á los antiguos soldados del general, cubiertos de heridas y mas pobres que cuando llegaron al país, y se propusieron no sufrir la misma suerte que ellos. Internarse en el corazón del imperio mejicano, era cerrarse la salida para España, despreciar los consejos de la razón, y presentarse á ser inmolados al dios *Huitzilopochtli* en la piedra de los sacrificios, como habían sido inmolados muchos de sus compañeros.

Los que así pensaban, hubieran querido poder alejarse del sitio del peligro y dirigirse á Veracruz, dejando abandonado al general; pero esto era imposible. Desde Texcoco al puerto, era obedecido Hernán Cortés, y nadie podía embarcarse sin su permiso. Aun cuando llegasen felizmente á la Villa-Rica, nada llegaban á conseguir, puesto

que el gobernador de la plaza les impediría el embarque y les mandaría prender.

Los conjurados no encontraron otro medio de salvar las dificultades, que asesinar al general. Pero pronto comprendieron que su sola muerte no bastaba para poder realizar su plan. Quedaban con el poder y para castigar el delito, algunos capitanes que le eran profundamente adictos. Entonces los conjurados, inducidos por Antonio Villafañá, resolvieron asesinar al mismo tiempo á Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lugo, Cristóbal de Olid, Andrés de Tapia, á los dos alcaldes ordinarios Luis Marin y Pedro de Ircio, así como á Bernal Díaz del Castillo y á otros soldados que eran inquebrantables en su fidelidad.

El golpe se debía verificar poco despues de que llegase Cortés de hacer el reconocimiento al rededor del lago. La hora se había elegido que fuese aquella en que comía. Tenía el general la costumbre de comer con sus capitanes mas adictos y algunos soldados distinguidos, entre los cuales se contaba el veterano historiador, que entonces no pensaba consignar á la posteridad los hechos que presenciaba y de que era infatigable actor. Cuando se hallase sentado á la mesa, los conjurados presentarían un paquete de cartas que supondrían llevadas de España por un barco recién llegado á Veracruz. Mientras rompía los sellos y las abría, los conjurados se arrojarían sobre él y los que le acompañaban, asesinando á todos á puñaladas. Terminado el acto sangriento, se daría el grito de libertad, y se procedería al nombramiento de jefe del ejército y demás autoridades. Tenían resuelto elegir por capitán general á

Francisco Verdugo, casado con una hermana del gobernador de Cuba, y quien por esta circunstancia, juzgaban con mas derecho á ejercer el mando. Si lo admitia, la muerte de Cortés y de sus adictos seria vista por Diego Velazquez como un servicio prestado á la patria, y alcanzarían de él premios y recompensas por haberle librado de un hombre que odiaba. Nada, sin embargo, quisieron decir al que se habian propuesto elevar al puesto que ocupaba el jefe que condenaban á morir, pues conocian el carácter pundonoroso y recto del hidalgo caballero Francisco Verdugo, y esperaron consumir el crimen para ofrecerle el mando.

Los conjurados tenian nombrados ya todos los oficiales subalternos, un alguacil mayor, alcaldes, regidores, tesorero, contador y los demás empleados necesarios (1).

Todo estaba dispuesto para acabar con la vida de Hernan Cortés, y con ella la grandiosa y atrevida empresa que la imprudencia de otros le habia arrebatado anteriormente, cuando casi la veia realizada, y que en aquellos momentos se hallaba de nuevo próximo á alcanzar, aunque menos pacíficamente que en el principio.

Dos dias llevaba el caudillo español de hallarse en Texcoco de vuelta de su expedicion al rededor de las lagunas. Los conjurados resolvieron que no transcurriesen otros dos dias, sin que se ejecutase el plan, y tomaron las providencias que juzgaron convenientes para consumir su ini-

(1) «Y asimismo otros soldados de Narvaez hacian alguacil mayor é alfe- rez, y alcaldes y regidores y contador y tesorero y veedor, y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

cua obra (1). Las juntas se habian celebrado en la habitacion de Villafaña, con el mayor secreto. Nadie, sino los muy comprometidos, tenia noticia de la conspiracion. Todos los conjurados estaban interesados en que el crimen se consumase á la mayor brevedad. No habia uno de ellos que no hubiese puesto su nombre y su firma en el papel que contenia el plan concebido, y que, por lo mismo, no se hallase obligado á obrar con actividad y á ser reservado.

Era la víspera del dia señalado para perpetrar el crimen. Uno de los conjurados, al ver acercarse el momento en que se debia derramar la sangre del general y de sus principales capitanes, sintió un profundo remordimiento en su conciencia. En nada le habian ofendido á él ni á los demás descontentos, Hernan Cortés ni sus adictos. Se habian quedado voluntariamente con el primero, sin admitir la oferta que les hizo de que podian volver á la Habana, facilitándoles para ello un buque, en que partió Andrés de Duero con otros compañeros. Jamás les habia ofendido de obra ni de palabra. Encontraba en su general virtudes, valor, capacidad, patriotismo y franqueza, que difícilmente concurrían en un solo hombre. Miraba la influencia que ejercia en las naciones aliadas, y veia los grandes aprestos que, con notable acierto, hacia para apoderarse de la capital del imperio azteca, único punto que le faltaba dominar para ser dueño del país entero. Estas reflexiones le hicieron ver como un crimen, y no como una conspiracion política, lo dispuesto contra Cortés y sus adictos. Arre-

(1) «Y este concierto estuvo encubierto dos dias despues que llegamos á Tezcuco.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

pentido de haber tomado parte en la infernal trama, se dirigió, sin ser visto de sus compañeros, al alojamiento del general, solicitando una entrevista secreta. Conseguida inmediatamente, le reveló todos los pormenores de la conjuración; le pidió perdón por haber formado parte de ella, y le dijo que en poder de Antonio Villafaña, jefe de la conspiración, se hallaba un papel que contenía el plan y los nombres de los comprometidos en él.

Hernán Cortés dió las gracias al arrepentido soldado por el descubrimiento que acababa de hacerle, le regaló algunos objetos de oro, y le prometió no olvidar el servicio que acababa de hacerle. Sin pérdida de momento llamó á los capitanes Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y á los demás que los conjurados tenían dispuesto asesinar, y les refirió el crimen proyectado. En seguida se dirigió con ellos, dos alcaldes, cuatro alguaciles, Bernal Díaz del Castillo y otros soldados, á la habitación de Villafaña (1).

El jefe de la conspiración se hallaba en conversacion con varios de los amigos comprometidos en el plan. Hernán Cortés mandó poner presos á los segundos y sacarles á una pieza inmediata. Villafaña, sorprendido con la inesperada aparición de Cortés, y comprendiendo que se había

(1) «Después de hacer grandes ofrecimientos y dádivas que le dió á quien se lo descubrió, muy presto secretamente lo hace saber á todos nuestros capitanes, que fueron Pedro de Alvarado é Francisco de Lugo, y á Cristóbal de Olid y á Gonzalo de Sandoval é Andrés de Tapia, é á mí y á dos alcaldes ordinarios... y así como lo supimos, nos apercebimos, y sin mas tardar fuimos con Cortés á la posada de Antonio de Villafaña.»—Bernal Díaz del Castillo. Historia de la conq.

descubierto la conspiración, quiso hacer desaparecer el único documento que podía comprometerle. Para conseguir su objeto, intentó salir de la sala; pero le sujetaron los alguaciles, impidiéndole todo movimiento. Entonces Hernán Cortés, que sabía por el soldado que había revelado la conspiración, todos los secretos de la trama, le sacó del pecho el papel en que se hallaban los nombres de los conjurados (1). Fijó los ojos en la lista; y al recorrerla, encontró en ella los nombres de varias personas distinguidas de quienes, si no esperaba una adhesión profunda, jamás pudo imaginar tampoco que anhelasen su muerte.

Ninguno de los cómplices de Villafaña presenció la escena en que el general se apoderó del pliego. Hernán Cortés, sin decir ni aun á los suyos lo que contenía, para no infamar los nombres de las personas comprometidas, guardó el papel y se retiró, dejando á los ministros de justicia las instrucciones necesarias respecto del reo principal. Villafaña fué juzgado inmediatamente en consejo de guerra. Estrechado por sus jueces con preguntas que manifestaban el conocimiento exacto de la conspiración, y creyendo que sus compañeros le habían delatado, confesó llanamente

(1) Prescott, para darle mayor interés aun al acontecimiento, hace que Villafaña saque el papel del seno y trate de tragárselo para salvarse y salvar á sus amigos, sin que logre conseguir lo segundo, porque Cortés le detiene el brazo y le quita el escrito. Yo, juzgando que debo preferir á lo más dramático lo más cierto, he seguido á Bernal Díaz del Castillo, que estuvo presente y que fué uno de los que se apoderaron de Villafaña: «Y de presto,» dice el soldado cronista, «de echamos mano al Villafaña con cuatro alguaciles que Cortés llevaba... y cuando tuvimos preso al Villafaña, Cortés le sacó del seno el memorial que tenía con las firmas de los que fueron en el concierto que dicho tengo.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.